

Las fiestas:¹

Cuando yo era chico los almanaques traían muchos números colorados.

Muchas fiestas religiosas que hoy han quedado poco menos que en el olvido eran, religiosamente, permítanme la redundancia, observadas. Entre ellas recuerdo el 19 de marzo, San José, el 25 del mismo mes la Anunciación, el Corpus y la Ascensión, que caían en jueves y no se trasladaban, como ahora, al domingo, San Pedro y San Pablo el 29 de junio, la Inmaculada el 8 de diciembre, los días de los santos y de los difuntos, el 1° y 2 de noviembre, el día de Reyes el 6 de enero y por cierto las que aún se conservan: Navidad y Semana Santa.

A esas se sumaban las fiestas cívicas del 1° y 25 de mayo, el 9 de julio, el 20 de junio, día de la bandera, el 12 de octubre, día de la raza y el lunes y martes de carnaval.

A esos días, que eran no laborables, hay que agregar todavía los de las fiestas patronales.

Todos los pueblos tenían su patrono. El de San Vicente, obviamente, era San Vicente de Paul, cuya fiesta se celebraba el 19 de julio. Se celebraba, digo bien, pues esta fecha ha sido trasladada al 27 de setiembre. La patrona de Colonia Margarita es santa Margarita de Cortona cuya fiesta se celebra en febrero. Los Sembrados, la estación ferroviaria distante 5 Km. de San Vicente, donde vivían el tío Miguel Barbero y la tía Angelita, festejaba a san Pedro y san Pablo.

La otra fiesta que nos interesa es la de Plaza Clucellas, la patria chica de los tíos Juancito Borda Bossana y Catot. Se celebraba el 8 de setiembre.

Recuerdo particularmente la fiesta de San Vicente. El programa de los festejos, que duraban varios días, era muy nutrido y variado.

La celebración religiosa comprendía la misa y la procesión con la imagen del santo por la plaza del pueblo. Al finalizar la misma, cuando la imagen ya estaba por regresar al templo, estallaba una batería de bombas de estruendo cuya potencia iba in crescendo hasta culminar con la última que era realmente atronadora.

Generalmente para esa ocasión el cura invitaba a algún predicador de relevancia. La misa era “de tres curas”. Así la designaba la gente, pues era cantada con celebrante, diácono y subdiácono.

En una oportunidad vine desde Santa Fe con el coro que yo, en mis tiempos de estudiante universitario, dirigía en la parroquia de Nuestra Señora de la Salette y cantamos una misa de Licino Refice.

¹ Capítulo del libro inédito *La Baita de Cespedosio* de Santiago Otto Boffelli Aimaretti. Descendiente de lombardos y piemonteses, nació “en el campo, en una chacra, propiedad de la familia, a unos 5 km al sur del pueblo de Colonia Margarita”, el 4 de agosto de 1928. Cursó los estudios secundarios en Rosario y toda su carrera universitaria en la ciudad de Santa Fe. Paralelamente a sus estudios en la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral, asistió a cursos de canto “en carácter de alumno oyente” en la Escuela Superior de Música de la misma Universidad. Realizó luego estudios en la Escuela de Canto del Teatro Colón. Como ingeniero, se desempeñó en distintas empresas nacionales e internacionales que lo llevaron a realizar innumerables viajes por el mundo y a aprender distintos idiomas. Como docente, dictó la cátedra de Física en San Carlos Centro (Prov. Santa Fe) y de Teología, en la Universidad Católica de LaPlata. Actualmente reside, con su esposa María Teresa Martín Amat, en Agua de Oro, Provincia de Córdoba. Su amor por el trabajo y el interés por todas las actividades del hombre, que le inculcaron sus mayores, lo llevaron a rescatar en una *Crónica* (todavía inédita) pasajes de su vida a partir del estudio genealógico de su familia, de donde hemos extraído los capítulos que aquí aparecen. (María Luisa Ferraris)

El obispo de Santa Fe, monseñor Príncipe ofició la Misa. El coro, que en realidad era un pequeño conjunto de madrigalistas, sonaba muy bien. La gente quedó contenta y yo recibí muchas felicitaciones, incluida una del obispo.

Por la tarde en la plaza se realizaban los juegos populares. Entre ellos recuerdo la carrera de embolsados, la carrera de tres pies, que se corría de a dos que tenían atadas la pierna derecha de uno con la izquierda del otro. También se corría la carrera del huevo y la cuchara. Había que llegar a la meta sin que el huevo se cayera.

Otra prueba consistía en que los jóvenes corrían con una aguja hasta encontrarse con su muchacha que tenía que enhebrarla, después de lo cual, tomados de la mano, regresaban corriendo a la base.

No faltaba el rompepiñata. Las piñatas eran unos recipientes de cerámica colgados en lo alto. Un hombre con los ojos vendados los iba rompiendo de a uno golpeándolos con un palo largo. No siempre acertaba enseguida con el golpe. Eso aumentaba la expectativa de los chicos para lanzarse a juntar los caramelos o juguetes que cayeran. Pero no siempre ocurría eso. A veces de la piñata caía agua o arena o bien salía volando una paloma.

El palo enjabonado provocaba voces de aliento y exclamaciones de decepción del público según la suerte y el empeño de los que intentaban alcanzar el trofeo. A veces llegaba el vivo que llevaba tierra en los bolsillos para neutralizar el efecto del agua jabonosa.

También se soltaba el chanco enjabonado. El premio para el que lograba asirlo era el propio marrano.

Asimismo se realizaba un torneo de fútbol, llamado campeonato relámpago. Intervenían equipos de varios pueblos vecinos que se iban eliminando en partidos de corta duración.

Todos los días había baile. Generalmente eran tres noches de baile más la octava de la fiesta, más algunas matinées danzantes.

Las chicas estrenaban vestidos. Las que más podían trataban de no repetirse y tenían previsto lucir uno distinto cada noche.

Muchas chicas del pueblo aprendían corte y confección y se cosían su propia ropa. Además había varias modistas que trabajaban a full para satisfacer la gran demanda, incluida la de las señoras.

Generalmente sacaban los modelos del Para Ti, Vosotras, El Hogar, Maribel y alguna otra revista de modas.

Era frecuente que más de una chica eligiera el mismo modelito, lo cual originaba el desencanto de no lucirlo en exclusiva.

No vayan a creer que el buen acicalamiento era sólo cuestión de mujeres. También los hombres cuidaban el detalle. Inexorablemente se concurría a los bailes con traje y corbata.

Recuerdo que en una oportunidad papá, que andaba necesitando un traje, aprovechó la volada y se lo hizo confeccionar para estrenarlo en la fiesta del pueblo.

Los Boffelli eran todos de buen vestir. Todos, sin excepción, vestían trajes de casimir inglés hechos sobre medida. Como los sastres del pueblo no los conformaban, acudían a los servicios del señor Bruno Marcucci, de la vecina, no tan vecina, localidad de Sastre. Precisamente nuestra casa de campo en Colonia Margarita quedaba de paso en el camino entre San Vicente y Sastre. Por eso, algunas veces al año algún tío hacía un alto en casa y reemprendía el viaje después de la consabida mateada. Para hacerse un traje había que concurrir dos veces a lo del sastre. La primera vez era para la toma de medidas y la elección de la tela. La segunda para la prueba. Además se requería una tercera concurrencia para retirar la prenda.

En esa ocasión que comento, papá aprovechó el viaje de uno de los tíos para que el Sr. Marcucci le enviara su traje nuevo que iba a estrenar el día de la fiesta.

Con el entusiasmo que nunca lo dejaba, fue a vestirse ese día y con consternación comprobó que los pantalones le llegaban a media asta, más arriba de los tobillos. ¿Qué había pasado? ¡Pues nada! Que el sastre se confundió de Boffelli y le envió la ropa del primo de María Juana, Santiago Juan Boffelli, que era bastante más bajo que mi papá.

Así se le frustró el estreno.

El baile tenía sus códigos y modalidades propias.

En el extremo opuesto a la entrada del salón un amplio escenario daba cabida a la orquesta, las más de las veces procedente de Rosario. Los muchachos se concentraban en el centro. Las muchachas colmaban la periferia. Los jóvenes invitaban a las chicas con el clásico cabezazo, que era asentido con otra delicada inclinación.

De vez en cuando el cantor o algún músico de la orquesta anunciaba: “de dama”. Entonces correspondía a las chicas invitar a los muchachos.

Al finalizar una pieza lo más común era que los bailarines aplaudieran para solicitar el bis.

Concluida la pieza el muchacho acompañaba a la muchacha a su sitio y regresaba al centro de la pista. Cuando se quedaba a conversar con ella, que en la jerga pueblera se designaba diciendo que la chica lo “atendía”, la cosa se presentaba como demostración de un interés especial, un proyecto que podría ir más allá de la simple amistad.

En ambos costados estaban dispuestos los palcos, con cuatro sillas de Viena cada uno. Allí se instalaban las señoras y señoronas del pueblo. El palco, que se reservaba con mucha antelación funcionaba como atalaya desde donde se controlaban y espiaban todos los acontecimientos, los arreglos y desarreglos amorosos, los desaires, las intenciones y los proyectos de los jóvenes.

Cuando un muchacho realizaba los primeros intentos para cortejar a una chica el comentario clásico desde los palcos era: “ai fa la roa” (léase: ai fa la rúa) que literalmente se puede traducir: le hace la rueda.

Los maridos “cumplían” compartiendo el palco un tiempo prudencial, pero luego, previo retirar la contraseña en portería, para poder después reingresar, se iban al bar contiguo a jugar a las cartas.

Durante esos días se instalaban en el pueblo no pocos mercachifles ambulantes. Algunos vendían golosinas. Otros tenían juegos de entretenimiento, como el tiro al blanco, la chica y la grande, que se jugaba con dados.

Otro juego llamativo era el del peludo. Se disponían formando círculo unas cuantas casitas de madera, cada una con su número. En el centro, en el suelo, un cajón boca abajo cubría un peludo, el clásico armadillo que todavía subsistía en las cañadas. Cuando todos los números se habían vendido el operador hacía girar el cajón en redondo varias veces para asegurar que no podía preverse cómo quedaría orientado el animalito. Luego se levantaba el cajón mediante un sistema de soga y roldana, que no influía en la ulterior decisión del peludo.

Éste, que generalmente lucía la caparazón pintada con algún color vivo, casi siempre dorado, pasado el aturdimiento de la sacudida del cajón, se procuraba escondite en alguna de las casitas, que así resultaba ganadora.

Tampoco faltaba el heladero ambulante.

A San Vicente acudía todos los años con su camioneta un señor Airaudo procedente de la ciudad de Rafaela. La heladería se llamaba “La Isabel”.

Este heladero también concurría habitualmente a los remates-feria de la zona. Todos los martes del año vendía sus helados en Estación Mangoré, 5 Km. al norte de Colonia Margarita, en la feria de Miguel Aira Rébola.

No contaba con equipo frigorífico. El helado se mantenía con hielo y sal.

El pregón del heladero era “*Tut le bon, tut le bel, ma gnente come i sorbèt ed l’Isabel*” (léase la u como u francesa y la o como u) que significa “ todo es bueno, todo es lindo, pero nada como los helados de la Isabel”

Esta señora María Airaudó tiene su linda historia. Se trata de una muchacha italiana, soltera, sin duda muy emprendedora y decidida. En 1891, a los 22 años, desde su pueblo natal Cardé, ubicado en la margen derecha del Po, en Piamonte, se vino sola a la Argentina a hacer la América.

Se radicó en Rafaela, donde su hermano Esteban era agricultor. Cuando prosperó volvió a su patria, donde la esperaba su novio, un señor Gallo. Se casó y regresó.

En Rafaela se dedicó a producir masas, caramelos, turrone y helados, siguiendo la tradición de su familia en Italia.

Tuvieron tres hijas. Una de ellas, Isabel, que según se comenta era muy hermosa, casó con un primo de apellido Airaudó. Se la conocía como *Isabella la bella*.

La hermana menor, María Margarita, casó con Gabriel Pons y es la abuela de mi nuera Silvia Pons, esposa de mi hijo Pablo Javier.

Por lo visto en la familia hay muchas historias con una buena dosis de aventura.

La fiesta tenía también su parte familiar.

Con abundancia de Chianti, Grignolino y Barbera los banquetes se iban sucediendo en casa de los tíos que vivían en el pueblo: Antonio, Mateo y Vicente. También en casa de los nonos.

Las tías eran todas excelentes cocineras y esos días se esmeraban preparando sus especialidades.

Un año amenazaba lluvia. Mamá sugirió entonces que nos quedáramos en el campo. Papá en cambio dijo que había que apresurarse: “*andoma prima ca pièva*”, (vayamos antes de que llueva), (léase *anduma*). De ningún modo se podía perder la fiesta del pueblo, oportunidad única en el año.

Cuando llegaba la fiesta de Colonia Margarita papá y mamá devolvían las atenciones.

La fiesta de nuestro pueblo no tenía el despliegue de la de San Vicente.

Lo más importante era el baile. Como en el pueblo no había un salón con capacidad suficiente se contrataba un pabellón.

Era una gran carpa, similar a las de los circos. En el centro, sobre una plataforma de madera, se ubicaba la orquesta. Siempre se trataba de algún modesto conjunto musical de la zona. El piso también era de madera.

La mayoría de los arreglos amorosos se realizaban en ocasión de los bailes. La promiscuidad entre muchachos y chicas no tenía entonces la magnitud de los tiempos actuales. El baile proporcionaba la ocasión de una conversación personal y sin testigos, lo cual facilitaba la insinuación, el sondeo y finalmente, cuando la chica dejaba expedito el camino, la declaración, que normalmente corría por cuenta del varón. Lo corriente era que la chica se hiciera la sorprendida y pidiera un tiempo para pensarlo antes de responder.

No siempre ocurría así. En Colonia Margarita se hizo popular el dicho en boca de una chica cuya respuesta fue: “*si me querés, gárame; y si me garás, hacés pichincha*”.

Nosotros vivíamos en el campo. Todos los parientes concurrían a casa, algunas veces divididos en tandas.

Preparar comida para tanta gente era trabajoso, pero mamá se las ingeniaba. Para los postres preparaba con anticipación unas cuantas tortas y el mismo día del convite un heladero de la estación María Juana llegaba en un sulky, con la anticipación justa, trayendo helado con los clásicos gustos de crema vainilla y chocolate. No se estilaban otras variedades.

Para las fiestas de Los Sembrados y Clucellas ocurría otro tanto en las casas de las tías Angelita y Catot.

Los Boffelli fueron siempre muy familiares. Las fiestas daban ocasión para juntarnos. También había otros motivos. Cuando yo me recibí de ingeniero químico mis padres decidieron celebrarlo con una fiesta. Para mayor comodidad se realizó en la chacra del tío Antonio. Comimos al aire libre, de pie, sobre tablones, una vaquillona con cuero. Después del asado se organizó un campeonato de bochas y algunos se prendieron al truco.

Como graciosa y ocurrente travesura la tía Elvira hizo encender la fragua y dentro de un cucharón o una espumadera, no recuerdo bien, hizo freir un huevo que encontró en un nido en la misma herrería.

Cuando Nolo se recibió de médico también hubo un lindo festejo en la misma chacra del tío Antonio.

La culminación del estudio de Gucho se festejó en Rosario.

Parece ser que en algún momento en la familia se había barajado el comentario de que cuando Gucho se recibiera de ingeniero civil sus padres le iban a regalar un auto.

El tío Vicente, con toda solemnidad, dio curso al proyecto y en forma simbólica, ante la silenciosa expectativa de todos, cumplió el rito y le entregó al homenajeado un autito de juguete.

Esa noche Nolo y Cheche tomaron la responsabilidad de ocuparse de las bebidas. Prepararon un cóctel al que, no sé por qué extraña razón, le agregaron varias botellas de alcohol puro. Más de uno sintió el efecto. Entre ellos tía Mindy (Herminda) que, con una euforia desacostumbrada en ella, empezó a hablar de filosofía, Confucio y otras yerbas.

Al día siguiente usaron un sobrante del coctel para encender una estufa de kerosene.